

La última hazaña de Sandokan

ARIEL DORFMAN (*)

ULTIMAMENTE he estado leyendo, noche tras noche, las inacabables aventuras de Sandokán, el Tigre de la Malasia. No pareciera ser esta una ocupación normal o siquiera admisible para un escritor adulto, ni menos para uno que ha engendrado un par de libros en que se responsabiliza parcialmente a los superhéroes y los folletines por el analfabetismo no tan disfrazado de nuestra América. No obstante, es cierto. Heme aquí siguiendo apasionadamente los vaivenes del personaje más célebre de Salgari. Trepo con él y sus devotos por los pantanos de la India, navegamos juntos no lejos de los mares piratas y procelosos de Singapur, demolemos la perfidia de villanos supuestamente invictos e impenitentes.

La razón por la cual he caído en tales lecturas no es, sin embargo, para compensar nocturnamente por medio de la ficción las frustraciones y antagonismos de una realidad diurna que no se me quiere dar de la manera deseada.

Porque no estoy leyendo solo. Leo con mi hijo Rodrigo. El cumplió recién los doce y está perdiendo, después de pasar cerca de la mitad de su existencia en el extranjero, la facultad de emplear con soberanía y decencia el castellano. Así que leemos en forma alternada, yo una página y él la próxima, y así hacia adelante. Y a medida que se desbarrancan rinocerontes y estranguladores, que los barcos se hacen astillas bajo certeros mandobrazos, en tanto los protagonistas de hermosura pulcra y alba se enamoran con perpetua inocencia, mi hijo va recuperan-

do morosamente su capacidad para leer el idioma que es suyo y que la migración forzada de su padre le ha estado quitando día a día con una inevitabilidad que presagiábamos pero que era más cómodo no confesar.

Por cierto, no hay para qué pintar la situación con rasgos apocalípticos. Quienes habitan lejos de su país no sólo sufren limitaciones y empequeñecimientos cotidianos, sino que logran también acumular a duras penas conocimientos, técnicas y experiencias que nos han abierto al planeta y que, algún día, retomados a la fértil comarca patria, aprovecharán a la comunidad. Si en el caso de los adultos esto se encarna en estudios, pericias cosmopolitas, perspectivas más globales sobre el mundo, en los cabros chicos se manifiesta más que nada en los horizontes comunicativos. No es inusual que un pergenio de ocho años converse en dos, en tres, hasta en cuatro idiomas con relativa fluidez.

Pero estos avances culturales, que fuerzan a asomarse a sistemas y organizaciones de humanidad diferentes a los acostumbrados, únicamente merecen el nombre de tales si los fundamentos están seguros, si el resultado no termina en un cóctel incoherente, si hay una espina dorsal, una raíz central desde la que se pueda seguir creciendo. Esa raíz es la lengua nativa, la cultura propia, y esta flaquea, desafortunadamente, por los cuatro costados, amenazando naufragar en arrecifes que Salgari hubiera difícilmente imaginado. Hay junglares lingüísticos que jamás pensó en atravesar Sandokán. Ni la hija del Faraón. Por el contrario, el dios innominable y milagroso de la traducción simultánea presidía cada una de sus victoriosas jornadas.

Es cierto que Rodrigo, y tantos otros que tienen esa edad se hallan en una situación envidiable comparados con quienes, crecientemente, han nacido en estos años en el extranjero, elevando desde la lejanía la población de un país que no pueden —en demasiados casos— siquiera visitar o conocer. Una chiquita, criada en la República Federal Alemana le regala, así ingenuamente, a su madre la siguiente frase: "Mami" (hasta aquí vamos bien, todo está en orden), "¿al jardín con los niños salir yo a jugar puedo?". Góngora, se me ocurre, hubiera sentido que tanta libertad sintáctica no tiene precedente. En Francia, recibimos este insólito rosario de vocablos para informarnos sobre la habilidad para tocar un instrumento musical que ojalá el lector identifique: "Soy perfectamente capaz de jugar la fluta". Otros ya chapurrean el habla de sus ancestros con unas rrr guturales o con un sonsonete *very british indeed* o con nasales y ronquidos escandinavos o inextricables ritmos húngaros. Hay algunos que entienden el castellano, pero simplemente rehúsan dialogarlo, contestando en italiano, o en noruego, o en árabe, o en búlgaro. El profesor Higgins, que en *Pigmalión* (la obra teatral de Shaw que fue la base para *Mi bella dama*), se preciaba de poder discernir por el acento la tierra, e incluso la provincia, de origen del interlocutor, habría tenido una menuda tarea tratando de rastrear la Ronda de San Miguel canturreada en austríaco. Una gruesa capa geológica de sonidos y connotaciones se va depositando y endureciendo en directa proporción a las prolongaciones de la residencia.

Al principio, estas mescolanzas nos parecían deliciosas. Rodrigo disparaba e in-

sertaba a granel palabras en francés para darle continuidad a sus frases, franqueando los abismos del castellano con garrochas armadas con materiales del idioma que fuera. Ahora último, sonreímos menos con estas torrecitas de Babel que se nos cruzan por las estepas europeas. El problema nos parece más grave. Pero tampoco podemos estar corrigiendo a los niños a cada instante, porque monta en exceso la tensión en el hogar, que toma aires de reformatorio lingüístico o un triste remedo de la ya triste Real Academia de la Lengua.

Antes, las consecuencias se paliaban en parte juntando a los niños de diversas familias, recreando en cada encuentro el territorio y la tribu. En conciertos, en reuniones de solidaridad, en festejos como el dieciocho de septiembre o el primero de mayo u otros aniversarios igualmente memorables, en peñas folklóricas o inauguraciones de monumentos, los chilenos grandes nos congregamos y los chicos —ley universal y simétrica— también. Así se podía divisar bandas de jóvenes que deambulaban por calles extranjeras de nombre impronunciable con el desparpajo y los aullidos con que hubieran agraciado la Quinta Normal. Daba gusto escucharles el repertorio chileno que reflorecía con todo su sabor procaz. Pero es cada vez más frecuente que platiquen entre sí —aun tratándose de los que han comenzado sus primarias en Chile— en holandés (con énfasis en el argot de los bajos fondos y de los altos adolescentes de Amsterdam). Los pequeños chilenos emplean, para comunicarse entre sí, el léxico de la escuela, de los sitios baldíos, de los supermercados, de los tranvías. El castellano sirve para pedir la ca-

(*) Chileno. Autor, junto con Armand Mattelart de "Para leer el Pato Donald".



"Soy perfectamente capaz de jugar la fluta". Los hijos de los emigrantes ya sólo chapurrean su lengua.

zuela, o la empanada, o la foto de la tía, pero no es el eje nuclear que contacta con lo cotidiano, por mucho que los padres estemos obsesivamente volcados hacia Chile. Para cantidad de estos niños escindidos, no es en castellano que se conmociona y palpa irreemplazablemente el futuro.

Y por supuesto, no se trata tan sólo de un asunto de sílabas más vocablos menos. Pese a que la vida del exiliado gira en torno a lo que pasa —y no pasa— en su tierra, los hijos tienden a saber más acerca de Carlomagno y de Keats que de O'Higgins y de Neruda. Ni basta siempre con lo que se puede inventar en el hogar. Hay padres que se han organizado para solucionar el problema en conjunto. No sólo han aparecido grupos de niños danzarinés (alguna vez tendré que relatar y rescatar el nudo que se forma más adentro de las glándulas cuando salen a zapatear esos enanitos como

en un espejo de lo que debe estar ocurriendo gigantesca y a miles de kilómetros y océanos de distancia), sino que clases de historia, de geografía y de castellano.

Por mi parte, he optado por la táctica de Sandokán. Aunque sea un castellano anacrónico, cliché, balbuciente, mal traducido. Porque es algo que le puede interesar al niño, comprometerlo. Y lo importante, como con los músculos después de un accidente, es ejercitar lo que se ha atrofiado o vuelto insensible. Ponerse en movimiento, de la manera que sea, con las energías que podamos poseer, con los folletines, y las fuerzas, y las migajas de los festines que tenemos a mano. El gusto por el idioma tiene que surgir de él mismo, desde sus necesidades, desde sus sueños y urgencias. Si no, la patria se le va a antojar una imposición, algo con que se cumple de vez en cuando, como saludando un trapo con colores de bandera, ex-

clusivamente para que los viejos estén contentos y lo dejen tranquilo.

Mi hijo no lo sabe todavía, pero otros libros lo esperan. Vendrá el galope de **Durante la Reconquista**, la independencia nacional en las descripciones de Blest Gana a ciento cincuenta años de su nacimiento. Está esperándolo Don Quijote comiendo, y bebiendo, y soñando, y doliendo por los caminos. Está cerca el coronel Aureliano Buendía y los diecisiete hijos que le mataron. Por ahí anda, en la biblioteca vecina, el gaucho Martín Fierro dándole consejos a sus varones sobre cómo sobrevivir, sobre cómo retomar con astucia. Y algún día podrá amar **verde que te quiero verde** con García Lorca y resurreccionar **polvo serás, mas polvo enamorado** en los ojos todavía lúcidos de Quevedo, y dimensionarse a **ver, hombre, cuéntame lo que me pasa**, a lo Vallejo. Y **subirá a nacer, hermano**, con Neruda, y con Neruda

también, **por estos muertos pido justicia**.

Debo suponer que ninguno de estos personajes, de estos poetas, de estos versos, podrían haber anticipado que cabalgarían algún día con Sandokán por las selvas de Borneo, escondidos y profetizados adentro de las palabras vacilantes deletreadas con dificultad cada vez menor por un niño que no tiene por qué ser extranjero en su propia lengua.

Tampoco Salgari lo pudo haber anticipado.

Pero si Sandokán puede, página por heroica página, ayudar a un solo niño a que entreabra las compuertas de su lenguaje, si puede devolverle el claroscuro con que ese lenguaje nombra a su país, si Sandokán puede pilotearlo por ese mar, entonces, de las hazañas del Tigre de la Malasia, esta no habrá sido la menor.

Aunque nunca figure en los anales de Salgari. ■ Foto: D. D./NEUWIRTH.